

HISTORIA

LOS HUESOS VIAJEROS DEL CID

¿Un destierro de mil años?

La osamenta del Cid ha sufrido a lo largo de diez siglos tantos vaivenes y traslados que no se puede hablar de descanso eterno, si acaso de un destierro que quizás aún no haya concluido.

R.P.B. / BURGOS

Rodrigo Díaz, El Cid, murió en 1099 en Valencia, plaza que junto a Sagunto y Almenara había conquistado años antes por su cuenta, desembarazado de ataduras vasalláticas tras su segundo y merecido destierro, ordenado por Alfonso VI. Su cadáver fue enterrado con todos los honores en la catedral de la ciudad. Dos años más tarde los almorávides asediaron la ciudad, que se hizo indefendible, y doña Jimena tuvo que abandonarla, llevando consigo los restos de su esposo. Su destino era el monasterio de San Pedro de Cardena de Burgos, lugar en el que el Cid había deseado reposar eternamente. El historiador José Luis González de la Roda inicia con este primer episodio, el traslado de los huesos del Campeador de Valencia a Cardena, su estudio 'Los huesos viajeros del Cid'.

No en vano, su descanso llegó a ser -quizás aún lo sea- tan agitado como su vida. Una vez en el monasterio, y con la prohibición que en la época había de hacer enterramientos en el interior de los templos, los restos del Cid fueron inhumados o en el atrio o en la puerta del monasterio. Un siglo después, en 1272, el rey Alfonso X decide hacer construir para honrar la memoria del caballero un gran sepulcro labrado en dos piedras muy grandes en la Capilla Mayor del monasterio, junto a la Epístola, con la siguiente inscripción: Aquí yace enterrado el Grande Rodrigo Díaz, guerrero invicto, y de más fama que Marte en los

Primero fue enterrando en el atrio del cenobio, luego en la Capilla Mayor, más tarde en la sacristía...

triumfos. Pero aquel nuevo sepulcro no sería definitivo.

Dos siglos después, en 1447, el entonces abad del monasterio ordenó derribar la iglesia, con lo que todos los sepulcros, incluidos los del Cid y doña Jimena, tuvieron que ser, otra vez, trasladados. El de Rodrigo fue colocado en la entrada de la sacristía, sobre cuatro leones de piedra. Si el Cid había pensado descansar en paz tras una vida dedicada a la guerra se equivocó: sus nobles restos no habían sino comenzado un largo viaje. Así, en 1541, y con el monasterio sometido de nuevo a obras de mejora, su sepulcro vuelve a cambiarse de lugar. En esta ocasión se abre el sepulcro y, según crónicas de la época, se velan los restos antes de ser inhumados en su nuevo emplazamiento.

Sin embargo, este nuevo traslado sentó muy mal a Pedro Fernández de Velasco, Condestable de Castilla, quien envía al monasterio a varios regidores que le pi-

